

El compromiso de los ciudadanos con su nación, con un proyecto común de convivencia, de futuro y prosperidad se mide en los momentos de crisis. Los más recientes episodios históricos, caso de la Transición, acreditaron que, más allá de la resignación, del derrotismo, de una suerte de sombrío destino injustamente reservado, algo distinto, valioso, enraizaba y germinaba.

Algo tan grande como un *“pueblo vivo y activo, en disponibilidad: ni enfermo ni envilecido ni lleno de odio (...) con la sal histórica que ha evitado la corrupción y que es una combinación de verdad y libertad”*, en palabras del sabio Julián Marías.

Durante décadas, con sus limitaciones, con sus imperfecciones, con sus puntos muertos, lidiando diabólicos desafíos como el sangriento terrorismo de ETA, gestionando el reto de adversarios insaciables y totalitarios como los nacionalismos excluyentes, España ha salido adelante. Entre traspiés, padeciendo revolcones que han empobrecido a vastas capas de la población, pero con un aparente destino compartido.

La pulverización del bipartidismo y la aparición de terceros partidos políticos con fortísima representación parlamentaria y social ha dibujado un escenario nuevo: el terreno de juego ha visto alteradas sus líneas de fondo y laterales, desfiguradas sus áreas y hasta cambiadas las reglas de la competición que acogía.

Este tiempo diferente ha visto la irrupción, en forma de incontenible plaga, de la generación de políticos (especialmente los de extracción extremista, antisistema, comunista) con más deplorable formación, con más escuálida experiencia y hasta peores formas del último medio siglo: un formidable tormento que ha sentado las bases de la ruina. La falta de talla se ha generalizado y las altas instituciones del Estado, en el mejor de los calificativos, han sido tomadas por mediocres, ayunos de cualquier variante de profesionalidad y criterio, ni técnico ni de ninguna otra índole.

A ello hay que sumar, en términos culturales y filosóficos, *el eterno retorno de lo mismo*. España vuelve a quedar retratada en el espejo *nietzscheano* de acuerdo con el cual hay un concepto circular de los acontecimientos, y el devenir de los mismos nunca es lineal sino que, una vez cumplido un ciclo de hechos, éstos vuelven a ocurrir acompañados de otras circunstancias, pero siendo, básicamente, semejantes.

En efecto, tenemos más razones que otras sociedades europeas para pensar que el progreso no es indefinido, siempre hacia adelante, sino que hay fases de perfeccionamiento y fases erróneas que pueden convertir la evolución de un país en una rueda en la que la existencia, con las taras que la condicionan y la atorran, se repite una y otra vez: la pura involución.

Se lamentaba hace más de un siglo Pío Baroja de que aquí *“siempre pasa lo mismo: el reaccionario lo es de verdad pero el liberal lo es muchas veces de pacotilla”*. Y, en efecto, vuelve la asimetría de armas, una y otra vez (también entrando en el segundo cuarto del siglo XXI) entre los que desprecian España buscando su aniquilación y aquellos que intentan defender el edificio, en sus pilares y su interior, tratando de salvar bastante más que los muebles.

Los primeros lo hacen desafortadamente, desbordando las leyes y actuando, si es menester, con extraordinaria vileza mediante el uso de las herramientas más abyectas y nauseabundas. Los segundos, sin razón, se templan y contienen, se arrugan y ceden: capitulan pusilánimes en el intento y en su tarea.

En este contexto de preocupante debilidad, la Humanidad se ha enfrentado a una amenaza denominada científicamente 'covid-19'. El reto ha presentado, en algunos de sus aspectos y sin incidir en consideraciones hiperbólicas, singularidades que lo han hecho inédito, radicalmente temible, si bien es verdad que ha azotado con mayor virulencia unas partes del mundo que otras.

En el caso de España, el coronavirus se ha introducido con un mandato en forma de ultimátum. Es decir, se ha instituido en una resolución específica en la que se nos está poniendo a prueba como a ninguna otra nación, con unas exigencias determinadas, con una advertencia que se materializará en el supuesto de que esas exigencias sean incumplidas, no se satisfagan.

El aviso es el de debacle y retroceso: no sólo en el frente económico y financiero sino en el social, en el institucional y político; descontando la falla emocional hasta la que nos podemos ver empujados con incalculables y dramáticas consecuencias para una futura y empinadísima senda hasta la remontada.

Disponemos del peor liderazgo posible para hacer frente a ese ultimátum que nos ha vuelto a dar la providencia. Precisamente por eso cabe confiar, aferrados solidariamente a la esperanza, junto al trabajo y al valor que sumen los mejores, desde la sociedad civil, en que se juntará el coraje necesario para hacer prevalecer el aserto atribuido a Otto Von Bismarck: *"La nación más fuerte del mundo es sin duda España. Siempre ha intentado autodestruirse y nunca lo ha conseguido. El día que deje de intentarlo, volverá a ser la vanguardia del mundo"*.

**Madrid, 6 de mayo de 2021**

## **El miedo al rebrote ante la confusión de las Autonomías 1/9/2020**

Es una terrible paradoja que en el momento en que los ciudadanos deberían ser más exigentes con sus representantes públicos, los primeros se muestren especialmente escépticos sobre las capacidades de éstos para gestionar debidamente una empresa llamada 'España', llevándola por el buen camino.

El covid-19 ha legado ya una crisis sanitaria, transformada en económica y que deja asomar una depresión social considerable originada por la falta de músculo financiero de las familias y la subida ineludible del desempleo. Y aun con tantos elementos adversos, hay uno más que resulta especialmente descorazonador. Y tiene que ver de forma directa con las medidas que las autoridades pueden y deben tomar, restringiendo las libertades civiles (especialmente - pero no solo- la de movimiento), con el objetivo de evitar que los rebrotes tomen cuerpo y se genere alarma con el aumento del número de muertos, cosa que por desgracia está ocurriendo en las últimas horas.

Es evidente que la enfermedad no se puede distribuir de forma matemática por el conjunto del territorio nacional y que, por tanto, las medidas a adoptar no tienen por qué ser completamente homogéneas. Sin embargo, agravada la situación por la disparidad de criterios (¿y de intereses?) entre los políticos y los tribunales, como ha ocurrido en el caso de la Comunidad de Madrid, vuelve a generarse la impresión de que el Estado de las Autonomías, a la hora de la verdad, es poco operativo.

Regresa amenazante la sombra de si se prohibirá el tránsito entre regiones, haciendo que haya ciudadanos que puedan recorrer más de 60 kilómetros en una misma pero, sin embargo, en zonas limítrofes no puedan moverse 5 kilómetros al verse obligados a cruzar la 'frontera'.

Se plantea la duda de si las iniciativas adoptadas unilateralmente por tal o cual Autonomía serán más eficaces que las impulsadas por la vecina, sea o no del mismo color político. Se produce, y llueve sobre mojado, un desconcierto increíble sobre la fiabilidad de los datos oficiales que las Autonomías ponen en común con el Estado central, y en concreto con un Ministerio como el de Sanidad prácticamente vacío de competencias, en el chasis.

Es difícilmente discutible que al presidente del gobierno le ha faltado visión y agallas, conocimiento y experiencia, fuerza política, en definitiva, para anticipar la gravedad de la primera oleada de la pandemia y lidiar sus efectos con rapidez y solvencia. Pero sería más dramático, si cabe, que ante una eventual escalada, una segunda, una tercera y una cuarta, imperase la falta de un mando único y la confusión administrativa, burocrática y competencial de las 17 Españas; y que ello perjudicase gravemente a la gestión de este inacabado drama incrementando el número de víctimas mortales, siempre absolutamente insoportable.